

EL VERBO Y EL MANDO. VIDA Y MILAGROS DE GUSTAVO ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL.

Tuluá, Unidad Central del Valle del Cauca – UCEVA, 2005. Pp. 264. Jonathan TITTLER

Reseña por Cristo Rafael Figueroa Sánchez. Pontificia Universidad Javeriana. Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca (Colombia).

Después de 26 años de investigación acerca de la vida y la obra del escritor colombiano Gustavo Álvarez Gardeazábal (Tuluá, 1845), Jonathan Tittler nos presenta su libro *El verbo y el mando. Vida y milagros de Gustavo Álvarez Gardeazábal* (2005), el cual se suma a una amplia gama de artículos de crítica literaria, a su célebre texto *Ironía narrativa en la novela hispanoamericana contemporánea* (1990) y a su papel de editor en *Literatura y violencia en Colombia* (1990) y *Manuel Puig* (1993). Si bien la vida de Jonathan Tittler se ha desenvuelto entre cargos administrativos, trabajos interdisciplinarios y cátedras, exprime el tiempo y ofrece frutos investigativos, como el libro que presentamos. Partimos del hecho de que Tittler conoció y visitó a Álvarez Gardeazábal en Colombia, y compartió con él varios ejercicios académicos en Estados Unidos.

El texto en mención, está compuesto desde triadas, pues su contenido así lo sugiere. Los doce escritos que ha producido Álvarez Gardeazábal se han dividido en cuatro grupos, cronológicamente diseminados en el libro; a su vez, el profuso análisis de las obras está enmarcado entre un capítulo introductorio, un interruptus y un capítulo de conclusión; además, para cerrar el texto, presenta la transcripción, por razones históricas, de la entrevista que vía electrónica sostuvo con el autor, rasgo de chive cultura que lo pone acorde con los nuevos tiempos.

Desde el título, se siente el derrotero que habrá de guiarnos a través de la vida y la obra del escritor tuluano. El verbo (la palabra) al servicio del mando (la autoridad), será la relación que mengua la escritura y la profusión de personajes, que se suceden en el devenir de los sucesos ambientados por Álvarez Gardeazábal. Búsqueda incesante de un sitio entre la autoridad y la admiración; encuentro real del mundo político fusionado con una amplia amalgama de protagonistas, que si bien se determinan por cada una de las novelas a las que pertenecen, son en conjunto, reflejo implícito de los políticos que conforman el ejercicio histórico de una nación.

A su vez, la introducción del texto se compone también de tres partes, subtituladas:

Orígenes del libro, Definiciones y Teorías. En la primera, Jonathan Tittler, reconoce «mucho después» la importancia que tienen la producción literaria y la vida política de Álvarez Gardeazábal, la cual sembró en él la idea de escribir «por lo menos un libro entero dedicado a su vida» (6). En la segunda parte,

caracteriza la aceptación diversa de la obra del escritor tulueño, así como de la contradicción política, que su ejercicio atrajo, contradicción que termina absorbiendo el estado escritural del autor (7). Así mismo, Tittler reconoce y valora la habilidad, de Álvarez Gardeazábal para disponer del verbo literario en el ejercicio de la política, lo que conforma su totalidad cultural (8). Finalmente, se establece el concepto relativo entre mando y política para caracterizar los conceptos de macropolítica –manejar el poder sobre números considerables de personas (11)– y micropolítica – se trata del ente mínimo de la sociedad, donde puede haber no más de dos personas, o puede haber una familia o grupo de amigos (11)–. La introducción repercute en todos y cada uno de los capítulos que componen el texto, empezando por el capítulo dos (15-25) denominado Preliminares y ascenso: 1945-80, de carácter eminentemente biográfico. El primer grupo de Gustavo Álvarez Gardeazábal. Obras analizadas por Tittler, lo constituyen La tara del Papa (1971), La boba y el Buda (1972) y Cóndores no entierran todos los días (1972). La primera de las novelas es denominada como «novela madre» (36), pues a partir de ella se desprenden –nacen–, las demás. Son relevantes en ésta novela los «iconos del poder terrenal» (22), representados en Pedro Pablo Uribe y el sacerdote con quien mantiene una férrea rivalidad de poderes –Política vs. Religión–; por su parte, la segunda novela, se encarrila en la continuación histórica de la novela anterior, estableciendo la transición del poder masculino al poder femenino, representado en la figura de la madre (la viuda Uribe de Uribe), resaltando sin embargo que «las estructuras injustas del poder siguen vigentes» (42).

La última novela, Cóndores no entierran todos los días, mantiene el concepto de tara, al asumir la política por herencia, es más, el lema León María es «el de hacer política con dinero pero no para conseguir dinero» (51). Las tres novelas se relacionan, según Jonathan Tittler, desde dos perspectivas: la del montaje, como diferencia (61) y la del rito funerario como similitud (62).

La segunda triada de novelas, está compuesta por Dabeiba (1973), El bazar de los idiotas (1974) y El titiritero (1977). La profusión de personajes presentes (cuarenta) en la primera novela de este grupo, es caracterizada individualmente por Tittler, hasta llegar a Josefina Jaramillo, «personaje estoico, endeble y enfermizo tiene el terrible poder de la videncia» (77) y al narrador, quien está determinado por «La gramaticalidad y la continuidad de su discurso, [...] (ellos) indican una fe en la razón y el progreso propia al pensamiento moderno, y a la actividad política no violenta» (78). Así mismo, en El bazar de los idiotas, «La política no entra [...] porque el único poder que importa es el poder sobrenatural» (86), de hecho, esta novela es considerada la más apolítica de G. Álvarez G., (84 y 97). En contraste, está El titiritero, que es la novela más política de todas (97), las razones saltan a la vista en múltiples referencias: el epígrafe de la novela –política y escritura– (101), representación de la realidad política (103), metaficción política (103), los titiriteros de la política (104), el sistema sociopolítico (105), la política y lo mediático (106), y termina con la relación novela y autor –político– (109).

El tercer tríptico de novelas, lo componen *Los míos* (1981), *Pepe Botellas* (1984) y *El divino* (1986). De acuerdo con Tittler, la primera novela de este grupo percibe el poder desde adentro y desde arriba, en contraste con las anteriores, donde el poder se veía desde afuera y abajo (130); son relevantes también las figuras autoriales (134), sobresaliendo la relación mujer y poder (138), que ya se había manifestado, gracias a las figuras femeninas de los anteriores textos; así mismo, se establece un vínculo directo entre economía y política. Por todo lo anterior, «Los míos constituye no sólo una exploración desinhibida por los intersticios de poder, sino que es también un regodearse atrevido en la captación textual del mundo de los ambiciosos más irrefrenados a escala nacional, dentro de un contexto explícitamente globalizado» (135). De la segunda novela del grupo, se extraen la idea de conquistar el poder metódicamente, por pasos (141), y se sustraen los tres personajes Pepe, Memito y Landazabal para diferenciar los diversos roles instaurados por la política (154-155). «Todavía más novelista que gobernante, en Pepe Botellas, Álvarez demuestra simbólicamente su convicción de que el poder y placer duraderos radican más en el manejo del verbo (narrar las fechorías) que en la militancia o la manipulación de la estructura oficiales» (146). Finalmente, en *El divino*, está presente el poder del narcotráfico (160), lo que le permite al autor, hacer una radiografía política (161) de la nación, partiendo de la crisis de valores que ha sufrido la sociedad colombiana (159), a partir del surgimiento del narcotráfico como fenómeno. Es importante rescatar el contexto histórico, que se especifica de la siguiente manera: «Estamos frente, pues, a un drama moral –pero no moralizante–, una alegoría sobre la coyuntura nacional donde el villorio de Ricaute representa en sus términos más elementales Colombia, y aun muchas otras partes de América Latina, donde sus sociedades han saltado de lo feudal a lo postmoderno, sin pasar por una modernidad ordenada o sustanciosa» (160). Es más, el poder «Es el producto de un desequilibrio temporal ocasionado por el chorro repentino de narcodólares de una sociedad tradicionalista» (174).

El grupo de novelas con que termina el análisis, comprende *El último gamonal* (1987), *Los sordos ya no hablan* (1991) y *Comandante Paraíso* (2002). Los motivos primordiales de cada una de las novelas son: las estructuras nacionales y el poder (180), el absolutismo (181, 208)), el poder gestual (182), así como los abusos del poder (188); el manejo del poder (188), la existencia de un vacío político (189, 202)), poder y acción (191), así como, la combinación entre violencia política y violencia natural (193); el supremo poder individual (205) en concordancia con la idea del líder nato (208), y el principio vital, que rige el ejercicio político, de aprovechar las debilidades del otro (207) para tener el control del poder, respectivamente.

El anterior corpus de novelas escritas por G. Álvarez G., y que Jonathan Tittler, logra asir en filigrana, establece el vínculo implícito entre verbo y poder, entre escritura y política, entre espacio macropolítico –Colombia– y espacios micropolíticos –Tuluá, Dabeiba, Ricaute, Trujillo, Armero, Alcañiz–, entre la vida social y la vida política, entre el poder del género masculino y femenino, entre la realidad, la ficción y la metaficción, entre el individuo y la colectividad,

entre la biografía y la autobiografía noveladas, entre el sincretismo narrativo y la disonancia de poderes, entre el personaje y el autor de las novelas, hasta tal punto que el primero habla del segundo (213-218) e incluso el autor hace mención nominal del estudioso (219-222).

En conclusión, quizá el mayor aporte del estudio de Jonathan Tittler, que pensamos alcanza plenamente y sin descuidar nunca el diestro manejo del lenguaje del autor tulueño es «rastrear textualmente el desarrollo del pensamiento de Álvarez relativo al poder, desde una posición de subordinación a y distanciamiento de conocidas figuras de autoridad y fuerza, pasando por etapas de o resentimiento hacia los poderosos, hasta una de equiparidad con o superioridad de esas figuras» (188).

Finalmente, el interruptus y la entrevista que acompañan el análisis de las novelas establecen el vínculo «invisible», pero tangencial entre la vida del autor y su ejercicio escritura. Desde esta perspectiva, la entrevista recupera el eco de la voz del escritor que naufragó en el mar de la política, pero que sobrevivió gracias a las «tablas» narrativas que lo han colocado como una de las figuras más representativas de la literatura colombiana, con su propio nombre y con su particular estilo para fusionar textualmente la verdad de su mundo y la posible salvación de su poder: la palabra.